

les empresas. Alrededor de esos sectores y de esos núcleos urbanos se reorganiza una economía dual donde el atraso y la marginación amenazan con no ser transitorios, sino claramente estructurales, de modo que para que existan esos (minoritarios) polos avanzados se precisa de una mayoría de sectores sociales y de zonas territoriales que esperen vanamente el efecto difusor de una dinámica que, sin embargo, les excluye de la distribución de ese crecimiento. Cuando se alude a un rápido crecimiento económico con tasas medias del 10% anual en la industria, de rentas que se elevan, de salarios dinámicos, etcétera, no puede dejar de preguntarse para qué parte de la población es ese crecimiento y esas rentas.

Extensión del nepotismo

También el tema de la *corrupción* admite algunas aclaraciones. Existe una extensa y variada gama de prácticas nepóticas, irregulares o simplemente ilegales en el seno del aparato del partido y de la Administración. Ellos son los corrompidos, pero ¿quiénes son los corruptores?, ¿quiénes con simples contactos son los que consiguen la concesión de autorizaciones para importaciones o exportaciones, para la instalación de nuevas empresas, para la instalación de servicios u operaciones financieras o para la realización de actividades comerciales? Pues parece claro que son los comerciantes internos y externos, los financieros recién aterrizados, el capital de empresas mixtas o nacinales y otros *vencedores* en el apoyo de la reforma.

La rebelión está arremetiendo contra un poder omnímodo y despótico, pero está menos claro que la reforma económica china se deba valorar sólo por sus resultados positivos y que los negativos se atribuyan a los obstáculos de la burocracia y del viejo orden. Ese orden está condenado a desaparecer, pero la reforma económica se encuentra en un momento delicado y requiere de cambios sin los cuales el orden emergente significará la renuncia histórica al contenido social defendido por la revolución china desde sus comienzos hace 50 años.

Marx no estuvo nunca allí

El país más poblado, entre dos aguas

LUIS RACIONERO



Los disturbios estudiantiles —¿por qué en mayo?— ponen sobre el tapete la delicada tesitura del comunismo chino: cómo cambiar el sistema sin mover sus dirigentes. Para comprender tal encaje de bolillos político es preciso referirse a una mentalidad que se remonta más allá de nuestra era.

Cualquiera que haya leído a los clásicos chinos se habrá percatado de que la ambigüedad, la sutileza y

las medias tintas son consustanciales a su mentalidad. También habrán notado que la intención de la filosofía china es su aplicación directa a la vida. La ambigüedad taoísta —donde la noche empieza a mediodía— ha llegado a la economía en lo que Deng Xiaoping llama "socialismo con características chinas". Si esto es un nuevo sistema económico o un eufemismo para cubrir el paso al capitalismo, el tiempo lo dirá; de momento la retórica nada entre dos aguas con frases como esta: "La línea ideológica formulada en el 11o. Comité Central es integrar el marxismo a las condiciones chinas, llegar a la verdad a través de los hechos, ligar teoría con praxis y proceder a partir la realidad". Esto quiere decir introducir el mecanismo de precios y el mercado en vista de que la planificación ha fracasado. Y añade en el colmo del *chinismo*: "En otras palabras, la línea es adherirse a la esencia del pensamiento del camarada Mao Zedong", que si levantara la cabeza vería el Kentucky Fried Chicken justo delante de su mausoleo. Deng afirma que, según el marxismo, una sociedad comunista es una sociedad en la cual existe considerable

opulencia. Sólo desarrollando las fuerzas productivas hacia la opulencia se puede llegar al comunismo; y esa etapa productiva es el socialismo. Como la primera prioridad es producir y los métodos ensayados hasta ahora no lo consiguieron, Deng ha decidido aplicar el método capitalista del mercado a la producción. Pero, y aquí comienzan las ambigüedades, no a la distribución, porque si abandonaran la distribución de la renta al mecanismo del mercado, sólo un 10% de la población se beneficiaría del progreso y se producirían desigualdades. El socialismo con características chinas consiste, pues, en ser capitalistas en la producción y comunistas en la distribución.

Milton Friedman, que estuvo en septiembre en Pekín, les ha recordado que si se vulnera el sistema de precios en la distribución, no existen incentivos para la innovación, para el ahorro, ni para que el ahorro pase a capital. La solución de Friedman es privatizar para que el mecanismo de precios asigne eficazmente los recursos. Después de todo, afirma, el 10% de privilegiados que teme Deng con el sistema capitalista ya existe en el actual sistema, son los burócratas que se oponen a la privatización, como antaño lo fueron los mandarines. Es evidente que la economía de mercado reducirá el poder de los burócratas y que no hay otro camino que pechar con ese precio político contra las ventajas económicas.

El astrofísico Fang Lizhi, disidente oficial de China, dice que el partido se enfrenta con un grave dilema: con la reforma verá disminuir su poder, pero sin reforma perderá el poder aún más deprisa; y Deng Xiaoping afirma: "Sin reforma, China no tiene salida, se convertiría en un país subdesarrollado y finalmente vulnerable desde el punto de vista de seguridad".

Dos sistemas

Así como para conseguir independencia política y fuerza militar —para acabar con la intervención extranjera—, China necesitó el comunismo, tras intentar sin éxito el liberalismo con Sun Yatsen; ahora, para conseguir desarrollo econó-

mico y nivel de vida, necesita el capitalismo, tras intentar la planificación con Mao. ¡Admirable eclecticismo éste de China!, no le preocupa usar un sistema para ser independiente, y otro, ideológicamente opuesto, para ser rico. Después de todo, los sistemas son medios y el fin es China, su poder y su progreso. ¿Cabe actitud más sabia? Y si no lo creen ustedes, puedo citar otro ejemplo de esta mentalidad, el discurso de Deng Xiaoping a la delegación de Hong Kong en junio de 1984, titulado *Un país, dos sistemas*, lo cual significa: "Dentro de la República Popular China, el continente con sus 1.000 millones de habitantes mantendrá el sistema socialista, mientras que Hong Kong y Taiwan continuarán bajo el sistema capitalista".

Es evidente que esas dos regiones pueden desempeñar en el desarrollo económico de China el mismo papel que tuvieron en España Euskadi y Cataluña, y que Deng está dispuesto a pasar por alto el pequeño detalle de sus sistemas capitalistas con tal de beneficiarse de los efectos de ambos como focos de difusión de innovaciones que irradiarán conocimientos, tecnología y empresarios hacia el continente chino, necesitado de ellos.

Todo esto puede sonar absurdo a una mentalidad europea, educada en el dualismo cartesiano y la lógica aristotélica, pero para juzgar las posibilidades de esta vía china hay que hacerlo desde la mentalidad china, no desde la nuestra. Y esa mentalidad es precisamente no aristotélica y dialéctica: Hegel tomó la idea de tesis y antítesis en el taoísmo chino, donde *ying* se transforma en *yang* —la noche en día, lo negro en blanco, la tesis en antítesis, el comunismo en capitalismo, y viceversa—. El pensamiento chino es dialéctico desde el siglo VI antes de Cristo y quizá antes, cuando se elaboró el famoso *I Ching* o *Libro de los Cambios*, con su avanzada combinatoria binaria que fascinara a Leibnitz. Heráclito fue el último pensador occidental que coincidió con ese pensamiento fluido que sería abolido por Parménides y Platón. Para los chinos los conceptos opuestos no son mutuamente excluyentes. Y así, las cuatro moderni-

zaciones —o desarrollo económico a la capitalista— y los cuatro principios —o conservación del monopolio del poder político por el Partido— se armonizan en una fusión de opuestos en la más pura vena taoísta. Quedan descartadas involuciones izquierdistas, tipo revolución cultural y planificación a la soviética, y derechistas hacia el capitalismo y la democracia.

Hace 15 años escribí en *Triunfo* un artículo titulado *Del Tao a Mao*, donde afirmaba, en vida de Mao y en plena revolución cultural, que los chinos eran taoístas antes que maoístas —el propio Mao consultaba el *I Ching*— y que 5.000 años de mentalidad no aristotélica no se borran en 30 de marxismo recién aprendido. No me importa tanto el cumplimiento de mi predicción como recordar el fanatismo y la bobera con que nuestros incorregibles dinosaurios *progres* elogiaron a Mao —como antes habían *idolizado* a Lenin y el comunismo ruso—, y el latazo que tuvimos que soportar en la universidad. Molesta pensar que a una sórdida lucha por el poder, como fue la revolución cultural, la aceptaran como un glorioso experimento para llegar a la sociedad ideal, que confundieran un dictador fanático envejecido con un reformador desinteresado y a la ineluctable oligarquía de burócratas con una sociedad sin clases.

Como europeos aristotélicos pediríamos que si China reconoce el fracaso del comunismo para elevar el nivel de vida —como lo reconoce ya hasta la misma URSS—, lo que debería hacer el partido comunista es decirlo, dimitir y que vengan otros. Pero no puede ser. Para empezar, no hay otros. Además, el problema característico de China es ordenar la convivencia de una enorme masa demográfica, y eso es muy delicado. No pueden desmontar el sistema de golpe, deben proceder gradualmente, apoyándose en las estructuras existentes. Y para eso están perfectamente entrenados por su mentalidad taoísta; me remito a la deliciosa frase de Hu Yaobang, uno de los artífices de la reforma: "Marx nunca vio una bombilla; Engels nunca vio un avión, y ninguno de los dos estuvo nunca en China".